

JULIO ARBOLEDA

Cuando en 1863 trazaba yo, no sin incurrir en errores, mi primer boceto de este ilustre colombiano, decía en el segundo párrafo de mi escrito:

"Ninguno de los bocetos contenidos en estas reminiscencias me causa tanto embarazo como el de Arboleda. Su interesante vida, su trágica muerte, la simpatía que me inspiran sus deudos, la importancia que él tuvo para nuestros partidos, y el haber sido yo en una época su adversario político, son motivos que particularmente me hacen temer cualquiera injusticia que pueda tildarse en mis juicios relativos a tan notable personaje. Dios me es testigo de la sinceridad y ausencia de pasión con que deseo calificarle y juzgarle, así como del pesar que experimento al sólo figurarme que alguien pueda sentirse lastimado por algunos de mis conceptos. Después de la época de la Gran Colombia, ningún hombre entre nosotros, aparte de los generales Santander, Obando y Mosquera, ha removido tan fuertemente las pasiones políticas como Arboleda; nadie ha tenido tan notoria importancia por la variedad de sus aptitudes y conocimientos, la energía de su carácter y la actividad de su corta pero agitada vida. Así, no es permitido dejar en la sombra ninguno de sus rasgos característicos, por penoso que sea tener que señalar en ellos algunos lunares."

Quince años han transcurrido desde que escribí las líneas precedentes. Todavía alcanzo a ver lu-

nares en algunos de los actos de Arboleda, y los deploro. Sin embargo, he estudiado mejor sus obras y sus hechos, y he modificado en parte mis juicios. Sería de todo en todo injusto que la gran figura de Arboleda fuese suprimida de esta *Galería*, por escrúpulos de amor propio o consideraciones puramente personales. A riesgo, pues, de cualesquiera censuras, a que desde ahora me resigño, antes de ser injusto con la omisión, prefiero corregir mis apreciaciones de otro tiempo, conforme a un conocimiento más acertado de los hechos.

I

Cursaba yo jurisprudencia en la universidad de Bogotá, y participaba, como toda la juventud liberal de aquel tiempo, de una prevención ciega y vehemente, que rayaba en odio, contra los jesuitas. Esta pasión, que animaba a todo un partido, era violenta y sistemática, como todas las pasiones colectivas. El partido liberal detestaba a los jesuitas sin conocer su historia; les detestaba por dos motivos: primero, porque les había hecho venir la administración del general Herrán, faltando a una promesa formal hecha al país al solicitar autorización para traer a su suelo misioneros religiosos (1); segundo, porque consideraba que serían, como sacerdotes en general y particularmente como predicadores e institutores, muy poderoso auxiliar de la política conservadora. Todos los liberales creían que la Compañía de Jesús tenía por regla el inmiscuirse en la política, aliándose con los gobiernos que podían protegerla con

(1) Se había prometido, en plena Cámara, que no serían jesuitas, sino capuchinos.

generosidad y entregarle los templos, los colegios y las misiones. El clero nacional, así secular como seglar, miraba también de reojo a los jesuitas, porque temía ser desposeído por éstos de toda influencia en las ciudades y principales poblaciones. En cuanto a los jóvenes, teníamos una razón de sentimiento para detestarles: habíamos leído el *Judío Errante* de Eugenio Sue, y creíamos, como en artículo de fe, que *Rodín* era el tipo de los hijos de Loyola.

Hallábanse los ánimos por extremo agitados con la cuestión jesuitas, cuando se reunió el Congreso de 1844. Lucas Caballero, representante por la provincia del Socorro (hoy día parte del Estado de Santander), propuso el proyecto que resumía el pensamiento de los liberales: la supresión y el extrañamiento de la Compañía de Jesús, y lo sostuvo con resolución y brío. En tales circunstancias se exhibió por primera vez en Bogotá, como representante por una de las provincias del sur, un joven de casi veintisiete años, cuya figura, obras y vida política tuvieron luego gran celebridad, hasta ser inolvidables. Aquel joven, destinado a la más brillante y borrascosa carrera, así como a la más trágica muerte, era Julio Arboleda (2). Lejos, muy lejos estaba de ser liberal, y sin embargo, fue el elocuente campeón de las ideas más avanzadas de aquel tiempo, el antagonista más eminente de la administración en las principales cuestiones parlamentarias que se suscitaron. El Poder Ejecutivo sostenía tenazmente a los jesuitas, por una parte, y por otra, quería que las veinte provincias de la

(2) Nació en Timbiquí, distrito de Micay, en la costa colombiana del Pacífico (hoy día Estado del Cauca) el 17 de junio de 1817.

república fuesen subdivididas hasta ser cosa de cuarenta y cuatro. Medida era ésta que, bajo el régimen rigurosamente central de la Constitución de 1843, que concedía facultades excesivas al Poder Ejecutivo, podía comprometer del modo más serio las libertades públicas y el desarrollo social y político de nuestros pueblos.

Arboleda atacó a la administración en aquellos dos terrenos ardientes, formando aparentemente en las filas liberales. Su aparición en la tribuna fue una gran novedad, y todos los liberales de entonces la saludamos con alborozo: era un astro, el astro de la elocuencia y del talento poético y brillante, que se levantaba en el horizonte de la patria como una gran promesa de fuerza, habilidad y gloria. En breve Arboleda fue el ídolo de la juventud liberal, por sus talentos y el papel que hacía en la política; en tanto que la juventud conservadora le admiraba por su mérito, pero le admiraba con despecho y tristeza. Aquel tribuno meridional, vehemente, poderosamente armado de punta en blanco, nos electrizó a todos, haciéndonos sentir toda la seducción de que es capaz la elocuencia, sostenida por la triple fuerza de la instrucción superior, la audacia del pensamiento y la elegancia de la palabra. Fue para los jóvenes liberales, que le escuchábamos con embeleso y entusiasmo, el ideal del orador elocuente y casi objeto de idolatría.

Pertenecía Arboleda, por su nacimiento y sus enlaces, a la más notable y poderosa familia, no sólo de la culta y aristocrática ciudad de Popayán, sino de todo el sur de la república, y había comenzado a vivir rodeado de todas las ventajas imaginables para ser hombre afortunado y tener eminente posición. Educado en Europa, conocía bas-

tante el mundo de la civilización y había adquirido una instrucción brillante, clásica y variada; por lo que, a más de sus talentos bien cultivados y maneras de gran tono, hablaba correctamente el latín, el francés, el inglés y el italiano (creo que también conocía el griego); poseía muy a fondo su propia lengua y la pronunciaba con exquisita suavidad y pureza a estilo de los castellanos; le eran familiares los clásicos antiguos y los mejores poetas y prosadores modernos; era fuerte en conocimientos históricos, y entendía mucho de ciencias políticas y arte militar. Tenía admirables dotes oratorias, era poeta eximio y de grandes facilidades para improvisar, escritor fecundo, fácil, disertado, variado y pulcro, hombre de valor y audacia, y le sobraban medios o recursos de todo linaje para brillar en cualquiera sociedad civilizada. Añádanse a todo esto las ventajas de la posición privada: rico de suyo y en la flor de la juventud, se había casado con la hija única (señora de mérito en todo sentido) del respetable y opulento don Rafael Mosquera, hombre importante en la política y más que medio millonario; de suerte que nada le faltaba, salvo el vigor físico, para ser hombre feliz, grande y envidiable. ¡Cuán magnífica no hubiera podido ser su existencia, exenta de odios y tempestades, y acaso de larga duración, si no le hubiese arrastrado en su torbellino la política, tormento de las almas generosas, escollo de los más claros ingenios y abismo de las más consoladoras dulzuras de la vida!

II

Julio Arboleda tenía figura, fisonomía y maneras inolvidables. Anda por ahí en muchos gabinetes una excelente fotografía que le revela perfec-

tamente a los ojos de quienquiera que no le haya conocido. Era de mediana talla, delgado, endeble, y a causa de un terrible accidente que había sufrido en su adolescencia, tenía la nuca y el dorso ligeramente encorvados, o mejor dicho, había adquirido el hábito de andar agachado y como hundiendo algo la cabeza entre los hombros. Caminaba con lentitud, frecuentemente frotándose las manos, tenía en las maneras un no sé qué de reservado y aristocrático, y su acento era agudo, incisivo y notable por un tono como de malicia burlesca, de ironía casi mefistofélica y sarcasmo.

Cuando vi por primera vez a Arboleda, fui su admirador apasionado: me pareció encontrar en su fisonomía caústica, pensativa y animada al propio tiempo, no sé qué semejanza con la de Lamennais, tal como me la representaba un retrato en grabado. Con aquel aire de joven encorvado, de espíritu meditabundo, contrastaban las facciones, determinadas por líneas profundamente marcadas. Tenía el cabello negro y liso y la cabeza muy correctamente conformada; la frente no muy amplia, pero muy despejada, tersa y delineada con tal vigor, que al primer golpe de vista revelaba la perspicacia, la actividad constante de pensamiento y de carácter, la audacia de propósitos, la generalidad de percepciones, el instinto de la dominación y la disposición a la lucha. Los ojos, muy negros, pequeños, brillantes y de la más penetrante mirada, parecían agudos y metálicos: tan fina así era su mirada, casi punzante y de un brillo como el del acero bruñido. Tenía el óvalo del rostro vigorosamente cortado, angosto y agudo hacia la barba; la nariz aguileña, palpitante, en cuya curva se ponían de manifiesto la fuerza de la voluntad y la energía; la boca ampliamente delineada, pero re-

cogida por una frecuente contracción de los labios, que eran delgados, nerviosos, casi siempre animados por una sonrisa irónica y burlona; y por toda barba unos bigotes poco abundantes pero libre y correctamente pronunciados.

No escribo, lo repito, *biografías*, sino simplemente *bocetos biográficos*. Por tanto, no seguiré paso a paso la vida de Arboleda, tan fecunda en contradictorias peripecias; mayormente cuando en su época más notable, de 1860 a 62, yo estaba ausente de Colombia y no pude conocer todos los episodios de su carrera política y militar. Mi propósito es hacer resaltar los más notables rasgos del personaje, sin cuidarme del rigor cronológico de los sucesos.

A poco de regresar de Europa, Arboleda se encontró envuelto en el torbellino de la guerra civil comenzada en 1839. Su instinto batallador, su inclinación a las cosas heroicas y las impresiones vehementes, su posición de familia, y lo que tenía de conservador por educación y tradiciones, le hicieron tomar las armas. Hizo campañas en el sur, en las que mostró su arrojo y disposiciones militares, y cuando se retiró de la milicia tenía el grado de teniente-coronel. Desde aquel tiempo comenzó a estar en abierto antagonismo con su terrible tío, el general Mosquera, que comandaba en jefe las fuerzas del gobierno. Jamás pudieron entenderse, y fueron desde 1844 enemigos declarados; a tal punto que, después de haber sido acusado Mosquera como responsable de la muerte de su sobrino, todavía en 1878 perseguía su memoria, procurando hacerla odiosa ante la posteridad.

Fuérame dado reducirme a considerar la figura de Arboleda por uno solo de sus aspectos, el más simpático de todos, y mi elección estaría hecha.

Gozaríame contemplando de lejos al padre de familia, dueño de muchas propiedades, habitando las cómodas casas de sus haciendas. Le vería entregado allí a las más nobles y sanas faenas de la grande agricultura y la cría de ganados, artes que conocía muy a fondo y practicaba con habilidad; dichoso con la compañía de su interesante y distinguida esposa, y con las caricias y los juegos infantiles de sus preciosos hijos; viviendo como un *gentilhombre* campesino, sin desdeñar por eso los intereses de la sociedad política; escribiendo en sus ratos de ocio poemas como el *Gonzalo de Oyón* y pensamientos de elevada literatura y de ciencia social; y cultivando su espíritu, en el vagar que podían dejarle sus extensos y bien dirigidos negocios, con la encantadora lectura de muchas obras clásicas escritas en cinco o seis lenguas.

Cuando Arboleda hizo su primera aparición en la tribuna, nos sorprendió y sedujo a todos. Jamás orador alguno entre nosotros había sido tan incisivo y correcto, tan académicamente literario, ni tan variado en su elocuencia, como aquel poeta militar, joven opulento y afortunado que, saliendo del seno de una familia eminente y aristocrática y de las filas del partido conservador, se presentaba en el Congreso como el abanderado de la oposición liberal, y desde su primer discurso eclipsaba a Ezequiel Rojas, Murillo y demás hombres notables que contaba en las Cámaras el liberalismo. Al declararse Arboleda abiertamente hostil a los jesuitas y a la administración, tratando las cuestiones de un modo muy elevado, florido y erudito, entusiasmó a los liberales y se hizo admirar y temer por sus contrarios. En breve puso en jaque al gobierno, haciéndole vigorosa oposición, y fue una potencia en el Congreso.

A tres circunstancias, a más de sus indisputables talentos e instrucción, debió su popularidad de 1844 y 45: la necesidad que tenía el partido liberal (que apenas si comenzaba a reponerse de sus recientes derrotas y desgracias) de agregar un grande orador como el tribuno caucano, de origen conservador, a los pocos buenos que tenía entonces la oposición; la gravedad política de las cuestiones que se debatían, una de ellas complicada con las pasiones religiosas; y la novedad, audacia y singularidad de la elocuencia de Arboleda. Su decir era tan hábil en la conversación como vigoroso y grandilocuente en la tribuna. Cuando discurría en público, su palabra era tan presto elegante y florida como suave y erudita; unas veces irónica y llena de sarcasmo, y otras agresiva, punzante y cortante como un dardo acerado; en ocasiones, auxiliada por todas las galas de la poesía y de la oratoria clásica, se elevaba hasta la elocuencia patética con arrebatadora entonación. En todas las circunstancias era fácil y abundante, correcto y flexible, y hacía con singular oportunidad y soltura las más difíciles transiciones de lo serio a lo sarcástico, de lo sublime a lo epigramático, manejando el apóstrofe y la ironía con especial habilidad.

En el mismo año de su brillante aparición en la escena política, hizo Arboleda dos notabilísimas publicaciones que le comprometían muy seriamente como aliado o amigo del partido liberal: su célebre opúsculo contra los jesuitas, y otro no menos ruidoso: *Los tres candidatos*, en el cual sostenía la candidatura del general Eusebio Borrero para la presidencia de la república, y combatía vigorosamente las del general Mosquera y el doctor Rufino Cuervo. Cuervo y Borrero, de la anti-gua filiación liberal, figuraban desde 1836 como

conservadores, y el segundo había sido escogido por los liberales, no pudiendo tener candidato propio, como el que mejor podía representar a la oposición. Años después, Arboleda y Borrero fueron de los más temibles enemigos del partido liberal, y el general Mosquera vino a ser su jefe de 1860. ¡Extraños *viceversas* de la política, que con frecuencia exhibe los más inesperados contrastes!

¿Era sincero Arboleda en su conducta de opositorista en aquel tiempo? ¿Tenía temperamento moral propio para ser un fervoroso liberal? ¿Lo tenía más bien para ser rigurosamente conservador? Respondo afirmativamente a la primera pregunta, y negativamente a las otras dos. Conservador por nacimiento, tradiciones de familia y posición, sin duda no hubiera tomado la actitud de 1844 y 45, si solamente le moviesen los primeros impulsos. Pero había recibido una educación clásica y europea, y por lo mismo su horizonte intelectual era muy vasto, y sus ideas, que aún no estaban definitivamente formadas, tenían aquella independencia política inherente a los estudios europeos, particularmente a los ingleses; máxime cuando las influencias de familia y de partido no le habían alcanzado en Europa. Además, era natural que su carácter altivo y la conciencia que tenía de su propio valer, le dispusieran a desafiar aquel espíritu de disciplina que antes de la época actual era el rasgo más característico del partido conservador. Arboleda era, pues, sincero en su liberalismo de 1844 y 45; y si el partido liberal, o más bien sus jefes de aquel tiempo, no le hubieran mirado con recelo y desconfianza, acaso con un sentimiento de celos de influencia y popularidad, tal vez él habría seguido en la política nacional un camino distinto del que tomó desde 1847, y habría influí-

do mucho, con sus grandes talentos, sobre el partido liberal.

En realidad Arboleda no tenía el temperamento adecuado a las exigencias del liberalismo, tal como lo ha querido comprender el espíritu de partido. Desde luego, si bien era republicano, no era demócrata. Sostenía, y en mi sentir lo creía de buena fe, que la igualdad política era una quimera, aunque no tan imposible o absurda como la igualdad individual o social; estaba persuadido, como varias veces se lo oí decir, de que sólo las minorías tenían derecho a gobernar, por ser las más inteligentes, ilustradas y ricas, y de que, en resolución, eran ellas en todas partes y habían sido en todo tiempo las depositarias del poder público; afirmaba que durante siglos el gobierno democrático sería imposible e ilusorio en Hispanoamérica, por la escasez de población y riqueza y la ignorancia de las masas; y en fin, en sus conversaciones privadas, no disimulaba su despego y hasta desdén por "las razas inferiores" componentes de la masa principal de la población colombiana.

Por otra parte, si amaba la libertad, como la expresión del derecho, era de un modo general, más bien teórico que práctico, más como poeta que como político, y sin tener suficientemente en cuenta el necesario encadenamiento de todas las libertades y la lógica que las hacía inseparables del orden, de la propiedad y del progreso. Admitía muy amplias libertades solamente donde los progresos de la civilización y el gran poder de los intereses les sirviesen de freno y correctivo, como en Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza y otros países europeos, y en los Estados Unidos del Norte; mas no creía propias a las razas latinas para vivir y progresar con muy amplia libertad. Para ellas le pare-

cía ser necesaria una mayor suma de autoridad preventiva y represiva. En todo caso, en lo tocante a Colombia, Arboleda tenía muy poca fe en el poder propio de la libertad para resolver convenientemente los problemas políticos y sociales; y aunque comprendía el gran poder de la palabra y de la pluma, se atenía más al de la espada y de una autoridad severa.

Pero entonces, ¿era Arboleda mucho más conservador que liberal? Lo era por casi todas sus ideas, mas no por su carácter. Batallador u hombre de *lucha* por excelencia, carecía totalmente de aquella tranquilidad de espíritu y costumbres, de aquel respeto por la disciplina y por lo preestablecido, de aquella necesidad de orden, de sistema y reposo, de aquella veneración por la regla y la autoridad directiva, que son condiciones características del conservador tradicional y clásico. Arboleda tenía mucho de reformador y aún de *revolucionario* (no se eche a mala parte el término) para merecer por completo el calificativo de conservador *auténtico* o de raza pura.

¿Qué cosa era, pues, aquel hombre de talento luminoso, de alma inquieta y audaz, amigo de la lucha y del peligro y siempre ansioso de fuertes emociones? Indudablemente era católico, pero no profundamente religioso; le gustaba el imperio de la autoridad para la sociedad entera, pero poco le agradaba someterse personalmente a la disciplina. Era un hombre de fuerte voluntad y de combate, nacido para el mando: cuando se halló delante de las dificultades de los hechos, de las resistencias de los hombres, de los peligros que le amenazaban, y de algún modo ejerció el mando, estuvo en su elemento... En mi sentir, de todos los hombres que han figurado en la nueva Colombia,

es decir, después de 1832, ninguno se ha acercado tanto a Bolívar, en cuanto era posible acercarse a tan grande hombre, como Julio Arboleda. Mirada ardiente y penetrante, voz delgada y aguda, cuerpo mediano y endeble, fisonomía y actitudes esculturales, carácter inquieto, imperioso y dominador, confianza en el triunfo, voluntad indomable, educación clásica, genio militar, vaguedad en las ideas políticas, grandes aptitudes poéticas y oratorias, estilo brillante en los escritos, encumbrada ambición, irritabilidad fácil y bruscas maneras para tratar a los hombres: en todo esto, más o menos, se asemejó Arboleda a Bolívar. En todo lo demás, completa diferencia.

Si al comenzar su carrera política Arboleda se hizo reconocer y admirar como hombre de gran talento y eminente orador, y al propio tiempo como publicista de muy notable instrucción y vigoroso estilo, no tardó mucho en adquirir alta fama como poeta, como periodista y luégo como caudillo militar, bien que desgraciado en su primera empresa. Los terribles acontecimientos sociales del valle del alto Cauca, que escandalizaron a la república de 1849 a 51 (los que el señor Murillo llamó un día, por amarga broma, *retozos democráticos*), pusieron la pluma en la mano a Arboleda. Redactó y publicó entonces, en Popayán, *El Misóforo*, periódico irritante para los liberales, porque les hacía terribles acusaciones, cuando no procuraba poner en ridículo a sus prohombres, pero escrito con muchísimo talento, en un estilo en que a la amarga sátira de Juvenal y la burla aristofánica, se adunaba la violenta y elocuente invectiva de un José de Mestre o un Donoso Cortés.

De la redacción de *El Misóforo* a la insurrección, no hubo sino un paso. En tanto que el gene-

ral Borrero encabezaba en Antioquia (1851) el levantamiento contra la administración del 7 de marzo, y que otros lo dirigían o fomentaban en Cundinamarca, Arboleda tomó las armas en el sur del Cauca (antigua provincia de Pasto) y se lanzó a los azares de la guerra. La campaña fue corta. Vencidas sus tropas por Franco y Obando en Anganoy y Buesaco, y muy poco apoyado él por los pueblos, hubo de buscar asilo en territorio extranjero, y durante algún tiempo permaneció en el Perú. La amnistía completa que expidieron los vencedores le abrió las puertas de la patria en 1852, y dos años después era senador de la república, y como tal, uno de los jefes de la oposición conservadora. ¡Así es la vida republicana: hoy la guerra, la derrota y la proscripción; mañana la tribuna parlamentaria y los aplausos, el triunfo y el desquite!

Al estallar la guerra civil en 1854, los radicales de entonces tomamos las armas, en alianza con los conservadores, para defender la Constitución; asaltados y dispersos por la insurrección militar, de los salones de las Cámaras disueltas corrimos a los campamentos. Julio Arboleda hizo entonces un papel brillante, como jefe de la columna *Tequendama*, primero aislada y después incorporada en el ejército del sur, y dio notorias pruebas de su prodigiosa actividad, su valor y talento militar; pero también, fuerza es decirlo, de un espíritu de insubordinación característico que causó bastantes desazones a los generales López y París, jefes de aquel ejército. Fue el coronel Arboleda uno de los jueces de Obando, como senador en 1855, y al posesionar a Mallarino de la presidencia de la república, pronunció, como Presidente del Congreso, aquel memorable discurso que ha quedado en

Colombia como un verdadero modelo de elocuencia oficial y de filosofía política.

III

Aprovechó Arboleda la época en que el doctor Ospina gobernaba la república, para irse a viajar a Europa con su familia. Pero la guerra civil, encabezada en el Cauca por el general Mosquera, y en los Estados del Atlántico por el general Juan José Nieto, forzó a todos los hombres políticos a luchar en defensa de su bandera. Arboleda se vino prontamente del extranjero: sostuvo campaña en el Estado del Magdalena, fue vencido en Santa Marta y logró embarcarse allí para ir a Colón, allegó algún armamento y recursos en Panamá, y fue luego a sostener la guerra en el Cauca contra las fuerzas de los federalistas. Allí patentizó con mayor energía que nunca sus grandes aptitudes militares y, por desgracia también, su excesivo rigor para mantener la disciplina y para hacer la *guerra política*, conforme a la ley terrible de las represalias.

Arboleda jamás tuvo ocasión de mandar un ejército bien considerable; pero de todos los jefes nuevos, formados en nuestras guerras civiles, ninguno era más capaz que él para el mando superior. Tenía por excelencia las condiciones del guerrero jefe: el golpe de vista; una grande inteligencia del arte de la estrategia y la necesidad de proteger toda posición defensiva; un valor a toda prueba, sostenido por el orgullo de la victoria y el sentimiento del honor; mucha actividad para todos los movimientos y para crear recursos; suma sagacidad para *conocer* las intenciones y situación del enemigo, y un gran poder de voluntad para im-

poner su autoridad y establecer la disciplina. Pero había en sus instintos militares un rasgo característico: más que las grandes batallas, que pocas veces son decisivas, le gustaban los golpes de mano, las sorpresas, los asaltos repentinos, debidos a la audacia y la estrategia. Buscaba siempre resultados inmediatos y de mucho provecho y *efecto*, aunque no fueran excesivos. Del conjunto de muchos triunfos de esta clase era que esperaba el buen éxito definitivo.

✧ Pero volvamos al poeta, al *ente* más elevado y simpático que había en la naturaleza múltiple de Arboleda. Como poeta, nadie le ha superado en su principal género en Colombia. Si José Eusebio Caro era el más profundo y elevado en sus concepciones filosóficas, y Gutiérrez González el más tierno, original y delicado en su sentimentalismo, Arboleda, sin dejar de tener algo de los principales rasgos de aquéllos, era por excelencia el bardo de la poesía épica y descriptiva; de la poesía heroica, grandilocuente y de grandes y terribles pasiones. Con su *Gonzalo de Oyón* testimonió el poeta del Telembí estas facultades, así como con muchas composiciones líricas puso de manifiesto su profundo sentimiento de lo bello y lo grande. Sus versos tenían siempre una entonación grandiosa, una elegancia nada común, imágenes nobles y bellas y con frecuencia mucha armonía onomatópica. A juzgar por las poesías de Arboleda, nadie dudaría de la exquisita sensibilidad de su corazón; nadie pensaría que su papel político le hubiese hecho el blanco de los profundos odios de todo un gran partido.

Tenía facilidad admirable para improvisar, ya fuese en prosa o en verso; y a este propósito recuerdo dos circunstancias comprobantes. En el

mes de mayo de 1854 marchábamos en todas direcciones hacia Bogotá los defensores del régimen constitucional contra la dictadura de Melo: una columna comandada por el coronel Mateo Viana y Arboleda, había tomado la dirección de Honda hacia Facatativá. El 22 estábamos en Guaduas y nos preparábamos para continuar la marcha al día siguiente, ignorando aún los funestísimos desastres sufridos por el general Herrera en Zipaquirá y Tíquisa. Por la noche Arboleda hizo tocar generala, y después de alarmar un poco la población, poniendo a prueba la vigilancia y actividad de la tropa, nos reunió a algunos jóvenes en la casa donde se había alojado. A poco empezamos a tomar algunas copas de vino y nos pusimos a improvisar versos. Pero Arboleda, no obstante lo preocupado que estaba con las operaciones militares, se mostró inagotable: casi no consentía interrupciones de parte de Lázaro María Pérez, Pedro A. Camacho Pradilla y yo, y estuvo hablando en verso durante más de tres horas con singular facilidad. Y bien que hizo versos patrióticos, epigramas contra Melo y su dictadura, y multitud de improvisaciones, unas agudas, otras de sentimiento, de crítica o de estilo humorístico, sus más sentimentales cuartetas y octavas fueron dedicadas a "su Sofía ausente" y a "su juventud que ya se eclipsaba".

Poco tiempo después, en octubre del mismo año, el ejército del sur, de que hacía parte la columna *Tequendama*, que comandaba Arboleda, se hallaba acampado en La Mesa. En cierta noche nos hallábamos reunidos en una fonda siete u ocho poetas o versificadores, y de sobremesa de la merienda nos pusimos a conversar en verso forzado,

con prohibición de decir ni una palabra en prosa. Allí estaban, entre otros, Pérez (Lázaro María), Belisario Peña y Rafael Pombo. La conversación duró desde las siete de la noche hasta las tres de la mañana, y fue tal nuestro flujo de improvisación, que con lo que charlamos se hubieran podido formar algunos tomos de versos. Pero nadie pudo rivalizar con Arboleda, fuese en fecundidad, en soltura de versificación o en prontitud de réplicas forzadas. Y sin embargo, cuando así soltaba riendas a su afortunado estro, estaba revolviendo en la mente ideas políticas, combinaciones militares y vastos proyectos. ¡Qué carácter y qué talento!

Durante la guerra civil de 1860, un pequeño grupo de conservadores acordaron cambiar la candidatura del general Herrán para la presidencia de la república, por la de Arboleda; éste obtuvo casi todos los votos de su partido, en medio de la lucha armada, y se reputó electo presidente de la Confederación. Con tal carácter y el grado de general ejerció el mando militar y político en el Cauca.

Hallábase en campaña, con fuerzas federalistas al frente, cuando García Moreno, presidente del Ecuador, resolvió locamente invadir la Confederación, por la frontera del Carchi, en octubre de 1862. Arboleda no titubeó en hacer lo que el honor nacional y el interés de su causa le exigían: dejó parte de sus fuerzas al frente del enemigo doméstico, y verificando con las demás una marcha fulminante hacia el sur, cayó, pocos días después, a principios de noviembre, súbitamente sobre García Moreno, le batió, le hizo prisionero con sus tropas, le impuso condiciones, y provisto de mejor armamento y municiones, regresó prontamen-

te hacia Popayán con ánimo de ir a librar batalla decisiva a los federalistas.

Marchaba el caudillo conservador, saboreando la gloria de tan hábil y atrevida proeza, cuando un oscuro guerrillero, animado del odioso valor de la venganza o de la traición (este es un misterio todavía que no quiero ni debo sondear) viene a completar el drama: escoge el terreno que mejor conviene a su designio (¡la montaña de Berruecos, de trágica y funesta importancia en nuestra historia!); se disfraza con el uniforme de los soldados de Arboleda; se confunde y marcha con ellos; se hace mostrar su víctima y se fija bien en ella; se detiene en el camino, y en el sitio más adecuado para consumar su alevoso proyecto, allí donde le aguarda un cómplice, al pasar Arboleda, desprevenido pero preocupado con vagos presentimientos, le dispara el tiro mortal (3).

¡Ah! ¡Maldición al asesinato, venga de quien viniere, sea cual fuere el motivo y quienquiera que sea la víctima! ¡Quién hubiera predicho en 1855 al florido poeta, al elocuente orador, al erudito literato, al entendido político, al audaz y afortunado militar, al juez del general Obando, como senador, al opulento capitalista, al dichoso padre de una interesante familia: quién hubiera predicho a ese joven a quien la fortuna sonreía de tantos modos, que un día, al volver victorioso después de batir y tener prisionero y dar la ley al presidente de la república vecina, vendría a sucumbir, sin defensa ni gloria del momento, asesinado en la misma selva cuyo lúgubre seno había servido de tumba al inmortal Sucre! La mente se confunde al observar el encadenamiento histórico del drama

(3) El día 13 de noviembre de 1862.

que ha formado la vida de estos tres hombres: ¡Obando, Mosquera y Arboleda! La humanidad tiene misterios que no es permitido sondear, porque talvez son secretos de la Providencia. . .

Acabaré. Arboleda fue, sin disputa, un hombre extraordinario; tuvo casi todas las condiciones propias para ser un grande hombre: jamás fue vulgar, fue siempre brillante; tuvo defectos como cualidades, cometió faltas, y dejó profundamente marcada la huella de su paso. Acaso la historia no puede juzgarle todavía: ella podrá ser severa; a mí sólo me toca trazar los rasgos principales de su interesante figura y su valiosa existencia.